Río

Por Thomas W. Duncan

SE decía en los círculos universarios que el profesor Franz von Bergen no tenía corazón; era un hombre de hielo y acero.

En esos momentos estaba parado frente a la ventana de su estudio mirando hacia el parque con sus fríos ojos azules. Tenía sesenta y cuatro años de edad y aun se mantenía erguido; cuando saludaba daba la impresión de que iba a juntar los tacones y cuadrarse; más que un maestro parecía un militar.

Sonaban las campanas anunciando el comienzo de las clases. Eran las diez de la mañana, parado en los escalones que conducían al estudio, el profesor observó a Pablo Reendón hablando con una linda muchacha rubia. Von Bergen se volvió impacientemente paseándose por el estudio. Dos minutos después volvió a la ventana. Pablo entraba en ese momento al edificio. La muchacha se sentó en los escalones y Von Bergen la contempló por unos momentos. Allí sentada bajo la luz de sol se veía bella y dorada como una rosa té.

Se oyó un golpecito en la puerta, el profesor abrió encontrándose con Pablo.

—Llega usted tarde —dijo el profesor con un acento tan severo que cortaba cualquier disculpa.

Pablo sonrió. —Fué inevitable, profesor.

Von Bergen tan tieso como siempre se sentó en un sillón mientras el muchacho se acercaba al piano. Era Pablo un muchacho de veinte años, alto y musculado y sus dedos eran largos y fuertes.

—Magnífico muchacho —pensaba el profesor—, soportaría el peso de un concierto; y de buena apariencia... lo que agradaría a las damas que fueran a escucharlo... a las que no fueran muy entendidas en música.

Una vez al piano, Pablo perdió su aire alegre, automáticamente se notó en él la disciplina de los tres años de estudio bajo la tutela de Von Bergen. Sentado derecho como un oficial prusiano, esperaba las órdenes del maestro, como éste